

## XI.

## El marido.

Teresa había querido morir. Su primer pensamiento ante esta horrible realidad: «El hombre á quien amo es un ser vil, un ladrón;» su primer movimiento fué hacia la muerte. La desgraciada había querido hasta cierto punto castigarse por sí misma; si Agostino hubiese dejado puesta en la cerradura la llave del laboratorio, su querida habría bebido de seguro, con avidez, el primer veneno que hubiese encontrado. En vano trató de abrir aquella puerta que la separaba del castigo. No pudiendo conseguirlo se dijo:

—¿Qué importa? ¿No tengo acaso el río que tantas veces ha ahogado entre sus aguas los dolores humanos?

Allí se precipitaria muy contenta, no queriendo sobrevivir á tanta vergüenza. Y su furor contra sí misma era mayor porque sentía con rabia y desesperación que todavía amaba á Agostino, ó por lo menos que la influencia que ejercía aquel hombre en ella, era profunda.

Cerrando los ojos, veía de nuevo las amarillas pupilas de Ciampi que aun la magnetizaban y, á pesar suyo, seguía oyéndola voz armoniosa del italiano, aquella voz que le había encantado. Entonces todo su cuerpo se estremecía de asco y hubiera querido con gusto poder arrancarse el corazón.

Luego, por una especie de prodigio, y como si hubiese visto aparecer una visión, su pensamiento se fijaba, atraído invenciblemente hacia la imagen grave y altiva de un hombre de rostro hundido, atravesado por una cicatriz y que, á pesar de su aire severo y frío parecía dirigirle una desgarradora sonrisa de reproche y de compasión. A cada momento, delante de aquella imaginación, exaltada, se presentaba el rostro de Claudio Rivière, como una antítesis viviente del de Agostino, y Teresa se preguntaba cómo y por qué aberración, entre aquellos dos hombres, había sacrificado el que era la honradez inflexible al que representaba la aventura y el crimen.

—¡Miserable de mí! ¡Yo le he amado!...—se decía.

Poco á poco, á medida que pensaba en Claudio y en Chambaraud sintió un deseo de humillación y experimentó algo parecido á esa necesidad de mortificación que impele á la penitencia á los que tienen fé. Le parecía que podría rescatar y borrar parte de su infamia gritando al que había ultrajado! ¡Soy una miserable! ¡He merecido un castigo! ¡matadme!

¿Pero cómo presentarse delante de Claudio

Riviere? La idea de hallarse en presencia de su marido, causaba á Teresa, no miedo, sino vergüenza. Valia más morir.

Habia salido como una loca de su domicilio del faubourg, y queria esperar á que fuese completamente de noche para bajar á la orilla del rio y avanzar paso á paso hácia la muerte, hasta que el agua la cubriera ó para precipitarse locamente desde lo alto de un puente. Caminaba, pues, al azar, por aquellos barrios casi desiertos que rodeaban entonces el solar en donde anteriormente estuvo la Bastilla.

Hacia una tarde sofocante. El cielo se cubria de grandes nubarrones. Al bajar hácia el rio, Teresa, que seguia el curso del Sena meditando y enjugando sus lágrimas, veia delante de sí las dos torres de Nuestra Señora de Paris, destacándose sobre un cielo tempestuoso, y la claridad blancuzca que se reflejaba en el suelo, daba á la orilla, un poco pantanosa, del rio el aspecto livido de un lago de mercurio. Los transeuntes apretaban el paso, parecidos á furtivas sombras, y, poco á poco, las luces que iban encendiéndose en las casas, iluminaban aquella penumbra con sus rojizas claridades.

—Cuando sea completamente de noche—pensaba Teresa—cuando ya no puedan verme ni socorrerme entonces entraré en el rio. ¡Ah! ¡qué hermosa voluptuosidad la de morir!

Y seguia caminando como una loca. Empezaban ya á caer gotas de lluvia, grandes y cálidas, pero ella no lo notaba.

En aquel momento un hombre se detuvo de-

lante de ella y la impidió el paso, murmurando, con una sonrisa, palabras que ella no comprendió.

Miróle cara á cara, con sus ojos profundos, sin responder, y de un modo tan extraño, que aquel transeunte se descubrió, y apartándose á un lado, balbuceó una frase de excusa.

Andaba por andar, sin saber en donde se detendria; exaltándose á cada paso que daba en su fúebre resolucion y deseando que llegase la noche.

En aquel mismo momento, en la antigua morada de la calle de Postas, que Teresa habia abandonado con tanta alegria para seguir á su marido, su tio Chambaraud se sentaba solo, ante una mesa bien servida, y mientras contemplaba, á la luz de las bujias, humear la sopa, hablaba cariñosamente con Plantade, que permanecia de pie detrás de él con su servilleta debajo del brazo, y con Julia, que estaba plantada en frente de la mesa, con el puño izquierdo apoyado en la cadera, como una verdadera criada de Moliere.

—De modo, Julia,—decia Sylvan Chambaraud—¿que no teneis ninguna sorpresa que darme en la cena de esta noche? ¡Siempre legumbres y nada más que legumbres!

—Se hace lo que se puede—contestaba Julia.—El mes de julio es la estacion de los entremeses y de las legumbres. Respecto á asados, no hay más que la ternera de Pontoise, que aunque muy jóven, ya está presentable, y la codorniz. Esta última es en realidad lo mejor que se puede preparar.

—Seguramente—dijo el ex-convenional;—pero hace muchos días seguidos, mi querida Julia, que la inevitable codorniz aparece en mi cena. Será preciso variar.

—Comprendo. Será preciso variar las estaciones;—dijo la cocinera.

Y pasando delante de Plantade para servir la «inevitable codorniz», murmuró en voz baja:

—¡Estos revolucionarios!... ¡Incorregibles!

Plantade fijó en Julia una mirada de desprecio que debía significar, poco más ó menos: Las mujeres no entienden de política.

En aquel momento resonó un trueno espantoso que hizo temblar la casa, y la cocinera se santiguó.

—¿Habeis cerrado bien las maderas, Julia?—preguntó Chambaraud.

—Sí, señor.

—Plantade, ¿habeis colocado las barras en los balcones de la biblioteca?

—Sí, ciudadano.

—¡Qué tiempo! ¡qué horrible tiempo! ¡Y qué bueno sería desafiar la tormenta exterior, saboreando en su casa una esquisita cena... si...

Chambaraud, sin acabar su frase, rechazó suavemente el plato que tenía delante, y, con la cabeza apoyada en la mano y el codo en la mesa, se quedó pensativo.

—Se acordará de la señorita Teresa,—dijo en voz baja Julia á Plantade.

—Es posible.

—¡Pobre hombre! Generalmente no se queja, pero hoy tiene el corazón oprimido.

—¡Ah! ¡mujer! ¡mujer!—murmuró en voz baja el ex-convenional citando á Figaro.

Luego pasó la mano sobre su frente, y trató de sonreír:

—Vamos, Julia—dijo,—será preciso renovar vuestra provision acostumbrada. En meses como este, en que el mejor cocinero y la más sorprendente cocinera (eso lo digo por vos) se encuentran atados, bueno es tener la despensa provista. No es solamente en invierno, cuando gustan las golosinas. Ya sabeis la geografía de las cosas agradables: pastas de Nancy; mazapanes de Reims; magdalenas de Commercy; *berlingots* de Carpentras, guirlache de Montelimar; carne de membrillo de Orleans; peladillas de Aigneperses; hojaldres de Vannes; pasta de albaricoque de Auvergne... Es preciso tener la provision completa. ¡Ah! Julia, si no nos quedara la mesa, ¿qué nos quedaria en el mundo?

Echóse una copa de vino de Constance tinto y azucarado, y volvió á quedar silencioso mientras que Julia miraba, moviendo la cabeza, á Plantade, que no dejaba escapar ningun movimiento de sorpresa.

—¡Por lo menos—dijo Chambaraud—que el moka esté bueno y caliente, Julia!

La cocinera salió con una sonrisa de satisfaccion y volvió en seguida, trayendo en una bandeja una cafetera que enseñó á su amo, diciéndole:

—Este sí que es completamente puro; no tiene ni un solo grano de Martinica.

Chambaraud aspiró aquel licor negro, cuyo

vapor subía á sus narices como un perfume. Luego dejó caer en la taza tres enormes pedazos de azúcar, lo que hizo decir á Julia con la expresión de un religioso que viese cometer un sacrilegio:

—Decid, señor, que no os gusta el café, sino el jarabe de café. ¡Eso es un crimen!

—Sí, ya lo sé—dijo Chambaraud sonriendo,—en este punto soy un bárbaro, pero el moka me gusta así. Plantade, trae un poco de licor.

—¿Licor de las islas?

—Justamente.

Plantade acababa de echar el licor de una botella forrada de paja, cuando Julia, que había salido, volvió de repente, diciendo:

—¡Señor, señor, me parece que llaman á la puerta!

—¿Llamar á estas horas? Os equivocáis—dijo Chambaraud.—Es el viento. No espero á nadie.

Una idea repentina cruzó por su imaginación y le hizo añadir:

—¿Llaman? ¡Si fuera cierto, no podía ser más que una desgracia!

Pensaba en Claudio Rivière y se decía con ansiedad:

—¿Le habrán descubierto?

—¡Vamos—dijo en voz alta,—anda, Plantade, ve á ver si Julia ha oído bien!

Bebió maquinalmente su licor de las islas, y esperó doblando la servilleta.

Al cabo de un momento entró Plantade, pálido y tratando de permanecer frío é impassible, como de costumbre.

A la primera ojeada, Chambaraud adivinó que sucedía algo extraordinario.

—¡Y bien! ¿Qué sucede? ¿Quién es?

—¿Quién?—dijo Plantade mirando á Chambaraud.—Una mujer, una pobre mujer,—añadió como compadeciéndola á pesar suyo.—¡Enferma... tiritando y á quien vos conocéis...

—¿Yo?

—¡Sí, ciudadano, vos!

—¿Que yo la conozco?

—Mucho,—dijo Plantade recalcando la palabra, mientras que Julia exclamaba:

—Juraría que es la señorita Teresa.

—¡Teresa!—dijo Chambaraud.

Y á su vez palideció.

Luego interrogó con la vista á Plantade que contestó con un movimiento afirmativo.

—¿Teresa? ¿Aquí?...

Chambaraud se había levantado y permaneció un momento de pie, inmóvil, y su rostro generalmente encarnado, se quedó lívido.

Una expresión de trágica severidad pasó por sus pupilas. Su voz ahogada bruscamente, repetía:

—¡Teresa!

Hizo un movimiento como para dar la orden de despedir á aquella mujer, pero el gesto de Julia imploraba, reclamaba compasión y el mismo Plantade dijo simplemente con acento de lástima:

—¡Si la vierais!

—¿Dónde está?—preguntó.

Julia se había precipitado ya fuera del come-

dor y volvió á aparecer llevando de la mano á una mujer que parecía una moribunda, á Teresa desfallecida, con sus negros cabellos pegados á la cara por la lluvia que los habia azotado, los vestidos empapados en agua, siniestra, siempre hermosa, pero de una belleza helada, muerta.

Teresa en cuanto le vió, se arrojó á los piés de Chambaraud, quien, con un movimiento brusco, la levantó apresuradamente como si hubiese sufrido por su humillacion al mismo tiempo que por verla.

—¿De dónde venis?—dijo con un tono que queria ser frio.

—Preguntadme de dónde vuelvo—repuso.—He querido morir.

—¿Vos?... ¿Por qué?

—¿Para castigarme!...

—Siempre es posible morir, cuando se desea.

—Eso dicen—esclamó Teresa—¡pero no es cierto! Me he acercado al abismo y he retrocedido... ¡Oh! no ha sido por miedo, nó; al contrario se me ha ocurrido la idea de que tenia que expiar lo que habia hecho de otro modo que con la muerte, con una vida de sufrimientos y de lágrimas.

—¡Ah!—dijo Chambaraud—¡la verdad brilla algo tarde á vuestros ojos! Corriente. No tengo el derecho de juzgar, castigar ó perdonar. Cuando llevábais el nombre de Chambaraud, que es el de una raza honrada de burgueses laboriosos y probos, hubiera podido apreciar el valor de vuestro arrepentimiento y la sentencia que de-

bia dar. Hoy teneis otro juez. A él es á quien debeis suplicar. ¡A él es, á quien debeis pedir indulgencia!

—Yo no pido indulgencia—repuso Teresa.— Si quiere mi vida, puede tomarla.

—Mientras tanto—interrumpió Julia— es una locura permanecer en ese estado. ¡Estais empapada! ¡Vais á coger una enfermedad mortal!

Y, al mismo tiempo, cogia entre sus manos la falda mojada de Teresa y la retorcia para demostrar que estaba chorreando.

Chambaraud hizo un gesto que queria decir: «¡Llévala!» y Julia cogiendo á Teresa por el brazo, la dijo al oido un: «¡Venid!» acentuado como una súplica.

Teresa se dejó conducir; no pensaba en nada, obedecía, casi atontada. Julia la desnudó, como lo hubiese hecho con una niña. La buena vieja trataba de sonreír y festejaba aquella lúgubre vuelta como si hubiese sido una alegría.

—Os he calentado la cama... como en otro tiempo... Aunque hace un calor horrible estais tiritando... ¡Teneis calentura!...

La tocó los piés por debajo de las sábanas y los halló helados.

—¡Dormid! ¡dormid, si podeis! ¡Mañana el señor Chambaraud no se acordará ya de nada!

Teresa miraba á la pobre mujer y se preguntaba, al hallarse de nuevo en su cuarto de soltera, si no habia soñado, si seria cierto que se habia casado con Riviere, que le hubiese dejado por el marqués de Olona y que fuese culpable

La fiebre dominó aquel organismo nervioso y

la proporcionó un sueño primero entrecortado con visiones y pesadillas, luego más tranquilo y por fin, al amanecer, completamente reparador.

Julia veló hasta que fué de día, á la cabecera del lecho de Teresa.

Chambaraud, en cuanto se levantó, llamó á Plantade.

—¡Y bien! ¿Qué tal mi sobrina?

—Está descansando... ¡La noche no la ha pasado mal!

—Tanto mejor,—dijo Chambaraud.—¡Ah! ¡qué locas son todas las mujeres! ¡Valiente cosa adelantan con escaparse del palomar, para tener que volver á él heridas y arrastrando las alas!

Su mal humor y su sorpresa de la vispera se habian trocado en un nuevo sentimiento; no se creía, como dijo á la joven, juez de Teresa y quería que Claudio Riviere, segun su derecho, diera sus órdenes á la esposa adúltera.

Por lo demás, era preciso que Teresa no permaneciera en el hotel de la calle de Postas. Los agentes de Fouché habian registrado ya la habitacion para tratar de descubrir en ella al comandante ó á la que llevaba su nombre. La casa de su tío era un asilo poco seguro para la sobrina de Chambaraud.

El ex-convencional no sabia á donde conducir ú ocultar á Teresa, suponiendo que pudiera salir despues de la espantosa crisis que habia atravesado.

Pero las mujeres tienen en ciertos momentos una energia sorprendente, y Teresa, en cuanto se despertó, quiso levantarse.

Vistióse, en efecto, y fué en seguida en busca de su tío. Chambaraud comprendió que iba á dirigirle alguna súplica.

—¿Qué quereis?—la dijo.

—Quiero ver al comandante.

—¿De veras? ¿Y cuando?

—Lo más pronto posible. Tengo prisa, no de implorar su perdon, sino de decirle que me desprecie y que si no he muerto ya, es porque he querido arrastrarme á sus piés y repetirle que estoy castigada como merezco.

Exaltada en la pasion, la desesperacion la enloquecía. En aquel momento deseaba ansiosamente acusarse á si misma, como en otro tiempo hubiera querido proclamar en alta voz su amor y su falta. Semejantes naturalezas ignoran el peso de la razon.

—Si vivo—prosiguió la jóven,—ya os lo he dicho, es porque no estaria bastante castigada desapareciendo. Quisiera que el comandante me pisoteara y me destrozara las muñecas entre sus manos, llamándome miserable. A lo ménos habria encontrado lo que busco, el castigo.

—Habeis destruido la dicha de ese hombre; pensad que es dueño de vuestra vida.

—Ya lo he pensado. Por eso mismo quiero verle. ¡Ah! ¡si quisiera matarme! ¡Ahora tengo miedo de vivir!

Tenia prisa de volver á ver á Riviere; pero no analizaba completamente el sentimiento que la agitaba; era, sobre todo, de la imágen, del recuerdo, de la vision de Agostino Ciampi, de lo que deseaba huir.

Y le parecía que, junto al esposo ultrajado, estaría protegida contra aquella imagen como por la austeridad de un altar.

Chambaraud esperó que llegase la noche para conducir á Teresa, envuelta en un manto, á la calle Neuve-Saint-Jean, al refugio de Claudio Riviere.

El convencional se preguntó un momento si sería prudente avisar al comandante; quizás la emoción que iba á experimentar Claudio al volver á ver á Teresa pudiera ser perjudicial; pero advertido, Riviere podía negarse á recibir á su mujer.

—Y puesto que tiene empeño en gritar «¡Perdon!» es preciso que la reciba — dijo Chambaraud.

Resolvió, por consiguiente, poner brusca y cruelmente á los dos esposos frente á frente.

Sin embargo, el corazón de aquel hombre latía fuertemente mientras guiaba á Teresa por la avenida del almacén de maderas que conducía al refugio de Riviere.

Plantado, siguiendo á distancia á Chambaraud y su sobrina, debía vigilar á los transeuntes y estar en acecho.

Nada parecía sospechoso en aquella Neuve-Saint-Jean y ningún peligro visible, ni aun probable.

Plantado se paseaba lentamente, con su pipa en la boca, tomando el fresco de la noche, como si fuese habitante de alguna casa contigua, mientras que Silvan Chambaraud y su sobrina desaparecían en la ya oscura avenida.

En el momento de penetrar en la casa donde estaba oculto Riviere, Chambaraud volvió á decir á Teresa:

—¡Este hombre tiene derecho de vida y de muerte sobre tí! ¿Quieres volverte á encontrar en su presencia?

La tuteaba como en otro tiempo y este simple hecho, encerraba un mundo de ideas; hubiérase dicho que, al ir Teresa en busca del peligro, su tío quería darla á entender que había olvidado su caída.

—¿Quieres verle?—la preguntó de nuevo.

—Entremos,—dijo la joven.

Chambaraud llamó lentamente y de cierto modo casi masónico, á la puerta de la casita, perdida allí, en el fondo de un terreno inhabitado, detrás de las pilas de madera.

A los labios de Teresa asomaba una extraña sonrisa. Los mártires ansiosos de suplicios debían tener aquella sonrisa.

Se oyeron unos pasos detrás de la puerta, el ruido de unos tacones fuertes y luego la llave rechinó en la cerradura.

Entonces, en el umbral de la puerta, vió, á la claridad indecisa de aquella noche de verano, una silueta que reconoció, unas facciones que adivinó y mientras Chambaraud subía los dos escalones que conducían al cuarto bajo, ella penetró en la casa y antes de que Claudio Riviere hubiese sospechado su presencia, la joven se prosternó suplicante delante de él.

Una pálida lámpara iluminaba solamente la pieza casi vacía en que se hallaba Riviere; pe-